

# Eucaristía y Silencio



Dom Laurence Freeman OSB  
Conferencia en la Escuela de Oración  
Arquidiócesis de Melbourne  
20 de abril, 2005

De acuerdo con la antigua sabiduría católica hay tres liturgias: la liturgia del cielo, la liturgia del altar y, entre ambas, la liturgia del corazón. Por lo tanto, la plenitud de la liturgia debe participar en las tres dimensiones que se entrelazan: los reinos de cada lado del valle de la muerte y el misterio de la interioridad humana más profunda.

Cuando hablamos de silencio en la Eucaristía estamos hablando de la “Ley de los Espacios en Blanco”. Una vez un grupo de estudiantes rabínicos cuestionó el significado de un texto bíblico. Hicieron un llamado a su profesor, quien les pidió que le mostraran la página. «¿Qué ven aquí?», les preguntó. «Las palabras que estamos discutiendo», respondieron. «Estas marcas negras en la página», dijo el viejo rabino, «contienen la mitad del significado del pasaje. La otra mitad se encuentra en los espacios en blanco entre las palabras». Esta es la frontera del silencio alrededor de cada página. Es también la pausa necesaria entre las respiraciones, el silencio entre los pensamientos, el descanso entre turnos de trabajo.

Los últimos recordatorios en la enseñanza papal sobre el retorno del silencio a la liturgia del altar muestran el respeto de esta ley universal. También nos ayudan a recuperar el *pléroma* de la devoción litúrgica en cada uno de sus tres reinos, distintos, pero superpuestos: la tierra, el paraíso y el corazón. Tenemos que hacer esto porque hay un número creciente de personas para las que la Eucaristía es un ritual cuyo significado, hace ya mucho tiempo, ha sido desvitalizado. Hay aquellos que nunca han sentido su inspiración y consuelo. Para ellos, no es de ninguna manera un ritual sacramental comunitario que da sentido a la vida. Pasan por completo fuera de su importancia trascendental de afirmación de la existencia humana común, incluso la más cotidiana y mortal. Su significado ya no está conectado a las alegrías, dolores, esperanzas y decepciones de la vida. No es comida para el viaje de la monotonía diaria. Para muchos, la Misa puede parecer extraña e inoportuna. En una era de una nueva evangelización, debemos recordar el poder de la liturgia para comunicar el Evangelio al mundo profano. Cuando asisten al funeral de un colega de trabajo o a la misa de boda de un amigo, la forma en que se celebra la Eucaristía puede llegar a comunicar algo sorprendente y permanentemente valioso. Puede llegar a representar una cara del cristianismo que nunca han visto antes y que les llevará a *reconocer* algo que antes era ignorado.

También están aquellos que alguna vez sintieron el misterio y la mística de la Eucaristía, pero perdieron contacto con ella. Tal vez, con la maduración de su espiritualidad, estaban en busca de la interioridad que expresa – la gracia interior de la cual es un signo externo - y sentían que no podían encontrarla en la iglesia. Para estas personas, descubrir la forma de oración contemplativa puede ayudarlas a conectarse con su sensibilidad sacramental perdida y traerlos de regreso a la iglesia.

También están aquellos que perseveran en la devoción eucarística regular, a menudo por el bien de sus hijos, o para guardar un vínculo con el mundo espiritual, pero sienten tristemente que no se expresa de manera satisfactoria en su culto del domingo. Y, por último, están aquellos que, a pesar de todas las imperfecciones eclesiológicas e individuales, tienen la gracia de entender la eficacia misteriosa y mística de la Eucaristía donde y cuando sea que se celebre.

El silencio como una dimensión de la Eucaristía, es valioso y necesario para cada uno de estos tipos de personas. Antes de proceder en lo que puede parecer una cuestión abstracta e inexistente del silencio, permítanme compartir con ustedes lo que he oído durante un retiro que conduje en Sidney. Un asistente pastoral de una parroquia en Nueva Gales del Sur me dijo que el cura ha hecho lo que el Papa Juan Pablo II le pidió a los sacerdotes hacer, aquello requerido en las *Directrices* de la nueva edición de la *Instrucción General del Misal Romano*. El restableció el silencio litúrgico en el culto de su parroquia. Me sorprendió, no el hecho en sí, sino la dimensión. Hacen silencio después de las lecturas, cinco minutos después de la homilía y quince minutos en la comunión. Le pregunté cómo las personas respondieron y me dijeron que nadie salió y muchos expresaron su aprobación. Sin embargo, no quiero reducir este tema al número de minutos de silencio, por una buena razón.

Hay muchos tipos de celebración de la Eucaristía y el juicio del celebrante es crucial. La frase «*Experimentemos un período de silencio*» debe ser interpretada. Creo que es importante que una congregación normal de parroquia dominical pueda practicar esta dimensión del silencio y que la disfrute. Esto puede ser, para algunos, tan sorprendente como el hecho de que los niños responden bien a la meditación, tiempos de oración en silencio y sin palabras ni imágenes. A ellos les gusta meditar y piden más. Cuando hablamos de la Eucaristía y el silencio, de hecho estamos considerando la dimensión contemplativa de la fe, al igual que la *lectio*, el culto y la vida entera. Como dice el Papa Juan Pablo II en *Mane nobiscum Domine, tenemos que pasar de la experiencia del silencio litúrgico a la espiritualidad del silencio — a la dimensión contemplativa de la vida*. En otras palabras, como la iglesia primitiva entendió bien, la forma en que oramos es la forma en que vivimos. Hoy más que nunca, la gente está buscando esta dimensión contemplativa, y cuando vienen a la iglesia para celebrar la Eucaristía, esperan y tienen el derecho de encontrarla.

Meister Eckhart dijo habitualmente que «no hay nada tan parecido a Dios como el silencio». La Madre Teresa, que insistió en la centralidad de dos horas de oración en silencio para la vida de sus hermanas apostólicas, por lo general decía que «el silencio es Dios hablándonos». Cada una de estas afirmaciones ilustra una forma de entender el significado del silencio. ¿Por qué es Dios tan parecido al silencio? Eckhart no dice que a Dios le gusta el silencio o que le gustan fieles silenciosos, sino que Dios *es* como el silencio. San Benito usa dos palabras que se traducen como silencio: *quies* y *silentium*. *Quies* es el silencio tranquilo, físico, una ausencia de ruido: no golpear las puertas, no arrastrar las sillas, no toser ni desenvolver papeles de celofán. *Quies* es lo que esperamos de buenos padres al educar a sus hijos: un autocontrol físico y la modestia que respeta la presencia de otras personas. *Quies* hace el mundo habitable y civilizado. A menudo hace falta en los centros urbanos, donde la música de fondo invade hasta los ascensores y son pocos los momentos o lugares en los que no estamos al alcance del ruido producido por las personas. En la actualidad hay auriculares caros que la gente usa, no para escuchar música, sino para aislarse del ruido.

*Silentium*, por el contrario, no es una ausencia de ruido, sino un estado de ánimo y una actitud de conciencia hacia los demás o hacia Dios. Es la atención. Cuando alguien busca un sacerdote o un psicólogo, para compartir un problema o un dolor, el sacerdote sabe que lo que más necesita es prestar atención. Puede que no haya una solución al problema y la mayor parte de nuestras palabras, que esperamos sean útiles, pueden sonar como lugares comunes. Escuchar de una manera profunda, brindarnos en el acto de la atención, no es de hecho para juzgar, no es para buscar soluciones o condenar, sino más bien para amar. De este modo, entendemos que no hay nada tan parecido a Dios como el silencio, porque Dios es amor.

Más adelante haremos más comentarios sobre el significado del sacrificio de la Eucaristía, y cómo el silencio lo revela. Por ahora, me gustaría establecer un vínculo entre el acto de atención y la entrega de sí mismo. Los filósofos reduccionistas no dejaron mucho margen para los valores humanos, pero aún así, concluyen que la acción humana por excelencia, lo que da valor y sentido a la vida, es la entrega de sí. A pesar de que se pregunten si es aún posible. Cuando nos damos, por lo general hay una condición o requisito. Exigimos el reconocimiento, una recompensa, agradecimiento o algo a cambio. Esto invalida la pureza de la entrega. El cristiano vería la Encarnación como la entrega divina y la vida, muerte y resurrección de Jesús como este don divino que se manifiesta en su humanidad. Una perfecta entrega de sí no transmite al destinatario la carga de una deuda, sino más bien la capacidad de darse a cambio. Esto es lo que la Eucaristía enseña, reinterpreta y nutre. En total entrega, incluso si es imperfecta, estamos en silencio, en reverencia y admiración. ¿Cuánto necesitamos de silencio en la Eucaristía para que podamos disfrutar de este sacrificio perfecto de amor?

La liturgia, como todas las formas de oración, es esencialmente atención. En la Eucaristía entrenamos nuestra atención hacia Dios a través de la auto-entrega que Jesús hizo históricamente y hace continuamente a través del Espíritu, tanto en nuestros corazones como en el altar. Aunque nuestra atención puede desviarse cuando se observan nuevas caras en la congregación, o recorriendo el Misal, la atención de Jesús dirigida a nosotros nunca vacila, no nos condena ni se disgusta debido a nuestra distracción. Incluso si somos infieles, él permanece fiel, porque no puede traicionarse a sí mismo. Al menos para el creyente, este es el inefable misterio de la Eucaristía y la atracción más dulce e irresistible de la presencia real.

El silencio es trabajo, el trabajo de atención amorosa, y su fruto es un corazón lleno de agradecimiento. Este es el enlace entre la idea de silencio de Meister Eckhart con la de la Madre Teresa. No hay nada tan parecido a Dios como el silencio, que es también *Dios hablándonos*. Cuando prestamos atención a Dios, entonces nos damos cuenta de que Dios nos está prestando atención. En realidad se trata de la atención de Dios hacia nosotros, lo que nos permite prestar atención a Dios. Dios es el que provoca en nosotros la primera chispa de buena voluntad, de acuerdo a lo que Casiano debatió con Agustín sobre el libre albedrío. Es entonces cuando tenemos que hacer nuestra parte. Como dice San Juan: *«En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino que él nos amó. Amamos porque Él nos amó primero»*.

Cuando celebramos la Eucaristía, de hecho estamos dando el primer paso para ser acogidos en la vida divina. Como el hijo pródigo, tan pronto como Dios nos ve volver, incluso mucho antes de que lleguemos a casa, Dios viene corriendo a nosotros, para abrazarnos y darnos la bienvenida. Este amor extravagante e insensato se experimenta en el corazón. Debería verse reflejado en la hospitalidad eclesial del altar. En el silencio de la Eucaristía, saboreamos y entramos en el silencio del Padre, del cual la Palabra emana eternamente. En el ícono de la Trinidad de Rublev, las tres personas se reúnen alrededor de la Eucaristía.

Es la obra del Espíritu que realiza la metamorfosis de lo ordinario en extraordinario. En y a través del celebrante, que representa pero no sustituye a Cristo, la congregación experimenta la fusión y reaparición de personas que hacen de la Eucaristía un anticipo de la liturgia del cielo. El celebrante se convierte en un punto focal de flujo de amor que el sacramento libera y nutre. Cristo está en el celebrante que representa a las personas que son su cuerpo y a quienes el celebrante ha sido llamado a servir. En la Eucaristía, que nos libera de la prisión de nuestros egos individuales, hay una pérdida de la identidad, un intercambio y redescubrimiento de la individualidad. Estas son la alegría y las consecuencias que influyen en la manera en que vivimos en la sociedad. *«Yo en ellos y tú en mí, que podemos ser perfectamente uno»*. O como la antigua homilía del Sábado Santo: *«Levántate, salgamos de aquí porque tú en mí, y yo en ti, formamos una sola e indivisible persona»*.

Esta es la dimensión mística de la Eucaristía que para muchos amantes del domingo es el principal alimento espiritual para su semana y el trabajo diario. Por lo tanto, debe hacerse todo lo posible para asegurar que este momento raro y precioso sea disfrutado plenamente. La manera cómo la Eucaristía es celebrada es importante con el fin de dar tiempo y crear el espacio para que su misterio interior se manifieste. Ivan Illich dijo que la Encarnación, *que proporciona un florecimiento sorprendente y totalmente nuevo de amor y conocimiento*, también proyecta una sombra. Es la sombra de la institucionalización de la caridad y la reglamentación del espíritu. Todavía tenemos que descargar una gran cantidad de bagaje acumulado históricamente como resultado de esa sombra, y complicar el misterio de la Eucaristía a través de un enfoque fríamente legalista, que a menudo insiste más en la obligación de ir a misa, que en el privilegio y la gracia de participar en ella. Cuando pensamos demasiado en la Eucaristía como una *obligación*, su esencia mística es, prácticamente hablando, oscurecida. Consecuentemente, será poco probable que los silencios contenidos en la misa representen otra cosa que pausas alegóricas. El *Sacrosanctum Concilium* nos dice que *cuando se celebra la liturgia se requiere más que la simple observación de las leyes que rigen la validez*. Por el otro lado, no podemos ir al otro extremo de imponer silencios obligatorios. De todos modos, lo importante es la calidad y no la duración del silencio.

No podemos hacer obligatorias las recomendaciones del silencio esperando que tengan un efecto espiritual. Cada vez que el enfoque fundamental de la Eucaristía esté condicionado por el legalismo o el control excesivo, la Eucaristía y el silencio serán incompatibles. Momentos de silencio o largos períodos de silencio parecerán poco prácticos, pretenciosos y artificiales o una imposición a una congregación que, de todos modos, es lo suficientemente buena para ocupar el primer lugar, y que no debería ser sometida a algo que no le es familiar y que extiende su tiempo en la iglesia. En su lugar, los silencios en la Eucaristía deben surgir de la experiencia de la mística profunda que es explorada por toda la comunidad. Sin embargo, como toda la Eucaristía misma, estos silencios necesitan la guía del celebrante en cooperación con el liderazgo litúrgico de la comunidad. Ciertamente, es en el seminario que la dimensión contemplativa de la oración necesita ser alimentada si esperamos que los futuros celebrantes tengan esta sensibilidad para el silencio litúrgico.

Los sacerdotes a menudo tienen miedo o sospechas sobre el silencio en el altar, al igual que los entrevistadores de radio. Recientemente escuché una entrevista de radio con el arzobispo Rowan Williams en la BBC sobre las actuales controversias en la Iglesia Anglicana. Al final, el entrevistador lo sorprendió con una pregunta sobre Iraq, interrogándolo sobre si era una guerra moralmente justificable. El arzobispo hizo una buena pausa por 19 segundos, una eternidad en el aire, y el entrevistador rompió el silencio para decir que, obviamente, estaba pensando la respuesta durante mucho tiempo. Sin excusarse, el arzobispo dijo que cuando se le preguntó sobre un asunto tan importante, necesitaba tiempo para considerar su respuesta y que un asunto de tanta sensibilidad moral exigía más de un instante. El entrevistador se sorprendió

mucho y quedó sinceramente impresionado. El entrevistador quería preservar el silencio en la versión grabada, pero el editor la cortó. El miedo al silencio en la Eucaristía afecta generalmente más al celebrante que a la congregación. ¿Es acaso que cuando abra los ojos después de un largo silencio, se encontrará con la iglesia vacía? ¿Es el miedo a perder el control? El miedo al silencio es a menudo un miedo a la ausencia, el vacío que tememos, *el creciente temor de no tener nada que pensar*. ¿O puede ser que nuestra formación teológica y litúrgica no nos ha preparado para la otra mitad, la mitad mística de la Eucaristía, la dimensión apofática que se encuentra en todos los aspectos de la vida espiritual?

El silencio restaura y reconoce la falta de la dimensión apofática, contemplativa. La Eucaristía sólo puede ser vista como la *fuerza y cumbre* de la vida de la Iglesia, si su celebración representa esta paradoja del doble misterio catafático y apofático — lo revelado y lo oculto — que se encuentra en toda la vida cristiana, por el hecho mismo de la doble naturaleza de la persona de Jesús. *Moisés entró en la oscuridad en la cual estaba Dios*. Sin embargo, también: *Dios es luz y en él no hay tiniebla alguna*. El lenguaje de los místicos expresa esta paradoja al igual que el canon de la misa en sí: luminosa oscuridad del misterio divino, el silencio del cual la palabra se pronuncia y desciende en la encarnación, la quietud en el centro de toda la acción. El silencio puede ser entendido como aquello que Dios no es; el camino apofático. Sin embargo, también afirma poderosamente lo que decimos de Dios cuando hablamos de Dios. El silencio renueva el lenguaje, restaura la precisión y el sentido de textos conocidos. Sin el silencio, incluso palabras sagradas pueden convertirse en ruido sin sentido. El silencio en la Eucaristía no amenaza el vacío ni denota ausencia; expone presencia e invita a la receptividad.

Ya se identificaron las partes de la Eucaristía en que los silencios son especialmente útiles y potenciadores. Muchos celebrantes comienzan con unos momentos de silencio en la sacristía, al lado de acólitos y lectores, antes de comenzar. Cada vez que el celebrante invoca la oración comunitaria, *Oremos*, exige un momento de silencio antes de que se digan las palabras de la Colecta con el fin de *recoger* las oraciones en silencio de todas las personas, las oraciones en silencio. El acto penitencial invita entonces a la reflexión interna para que se dispongan a vivir la Eucaristía como una celebración del perdón y la sanación de nuestras vidas imperfectas. Las lecturas convocan, en particular, a pausas de silencio, antes del Salmo responsorial o la Aclamación del Evangelio. A menudo, cuando el silencio es observado durante la Liturgia de la Palabra, será también incluido un breve comentario acerca de cualquier pasaje difícil u oscuro que de otro modo se escaparía de la comprensión de la comunidad y, a veces del propio celebrante. *Las lecturas se deben proclamar con previa preparación, atención devota y silencio meditativo que permiten que la Palabra de Dios toque los corazones y las mentes de la gente (Mane nobiscum Domine)*.

Los predicadores católicos en general son muy tímidos sobre la duración de las homilías, a diferencia de los ministros protestantes, de quienes se espera algo que vale la pena en términos de un discurso apasionado y con suficiente duración. El estilo moderado de la mayoría de los predicadores católicos asegura que haya un período posterior aún más apropiado de reflexión en silencio. Esto demuestra respeto a la congregación y supone que han escuchado inteligentemente y les gustaría un tiempo para pensar, incluso si no se les permite responder. En las *Instrucciones Generales* no se recomienda un tiempo de silencio durante o al final de la intercesión, pero esto sucede como una práctica general: *Oremos ahora por unos momentos en el silencio de nuestros corazones*. Esto permite a la comunidad, en nombre de quienes se han ofrecido las intercesiones, añadir sus propias oraciones silenciosamente, que el celebrante puede concluir con palabras como *Señor, tú conoces nuestras necesidades, incluso antes de que te las pidamos, por eso te ofrecemos todas nuestras oraciones*. El Papa Juan Pablo II escribió que todas las formas de oración *se construyen sobre la base de silencio*.

El momento de partir el pan es un momento místico muy sagrado y un momento de silencio es entonces natural. Sin embargo, el período más necesario y significativo de silencio de la Eucaristía, por supuesto, es el que sigue a la comunión. Si toda la Eucaristía es el *culmen et fons* (la culminación y la fuente) de la iglesia, seguramente este momento es su epicentro místico. Sin embargo, se pasa por alto generalmente sin un momento de silencio, excepto por el que se produce entre canciones o durante la purificación del cáliz. Esta puede ser la etapa en la que el celebrante se pone nervioso con el hecho de mantener a la congregación durante demasiado tiempo, los niños se pueden impacientar y otra comunidad ya puede estar esperando afuera. Ahora, por encima de todo, hay que recordar que el silencio no es solamente la ausencia de ruido, sino el espíritu de atención amorosa.

Me senté en silencio prolongado después de la comunión de la misa dominical en la parroquia de nuestro monasterio en los suburbios de Londres mientras había ruido de un coro de bebés, lloriqueos de niños impacientes y de tramoyistas invisibles. Esto no afectó significativamente el silencio. Los padres y los demás lo apreciaron y muchos niños, si no todos, se calmaron. Y cuando habíamos concluido con la oración que sigue a la comunión, había un sentimiento, no de alivio de haber terminado, sino de acción de gracias y renovación. El celebrante tiene que controlar sus nervios al inicio de tales silencios y por supuesto, preparar a la comunidad para esto. Es un periodo significativo de silencio lo que se precisa, no una pausa rápida. Puede ser útil contar con una determinada duración, marcar el principio y el fin, con un gong o una campana.

Una vez que la experiencia litúrgica del silencio ha echado raíces en una comunidad, también producirá un efecto en el lugar donde ocurre la liturgia. Richard Giles, el decano anglicano de Filadelfia, es un pionero en la revisión de los principios tradicionales del espacio sagrado. Su libro *Rearmando la Carpa (Repitching the Tent)* es una visión emocionante del espacio físico de culto. Después de escribir esto, se dio

cuenta que las formas de celebración de la Eucaristía están influenciadas por el espacio en el que se celebran y su último libro *Un Culto Poco Común (Uncommon Worship)* es un compañero necesario del primero.

El silencio en la Eucaristía no privatiza la liturgia, como algunos temen. Esto ocurrió con frecuencia en el rito tridentino. La gente sintió que algo muy misterioso y sagrado estaba sucediendo, pero eso no los involucraba personalmente, por lo que recitaban sus oraciones, mientras que el celebrante seguía con su papel. Por el contrario, el silencio, entendido como experiencia litúrgica, acerca a la comunidad y unifica la atención de todos, para que juntos, en mente y corazón, puedan escuchar la palabra y compartir el misterio. San Ignacio de Antioquía dijo que si no podemos entender el silencio de Cristo, no podremos tampoco entender sus palabras. Sólo podemos entender su silencio, silenciándonos a nosotros mismos. Al hacerlo, juntos experimentamos el misterio del silencio que construye la comunidad.

Para concluir, quisiera recordar la frase significativa del Papa Juan Pablo II, a la que me he referido antes. Después de haber hecho hincapié en la importancia del silencio en la Eucaristía, él explica que no es un silencio artificial de autocontrol. *A partir de la experiencia del silencio litúrgico, tenemos que pasar a la «espiritualidad del silencio» a la dimensión contemplativa de la vida.* San Francisco, en una ocasión, instó a sus seguidores a predicar el Evangelio en todo momento, y a todo aquel con quien se pudieran encontrar. Cuando fuera absolutamente necesario, agregó, *«usa palabras»* Creo que se refería no sólo al silencio, sino al silencioso o implícito testigo de la vida de cada uno.

El vínculo entre la Eucaristía y la forma en que vivimos es crucial para cualquier comprensión o experiencia de su valor y sentido. Si celebramos la Eucaristía sólo como una obligación eclesial o como una reunión de amigos, entonces tendrá poca influencia en ajustar nuestra vida al Evangelio. A menos que hayamos llegado a un nivel más profundo de su celebración, las palabras de despedida *vayan en paz* pueden significar que nosotros nos vayamos fragmentados... tal como probablemente llegamos... El silencio promueve un significado más profundo y completo de la Eucaristía, los niveles pos-verbales de la eficacia del sacramento que se abren en nuestras vidas. Esto significa que sabremos simbólicamente que habiendo compartido juntos simbólicamente los frutos de la tierra, podemos servir de mejor manera al Reino de la justicia en nuestras vidas y en el trabajo. Todos tomamos la misma cantidad de pan y vino. Hay suficiente para todos, si el sacristán hace su trabajo correctamente. Por lo tanto, si nuestras vidas van a ser eucarísticas, ¿no deberíamos trabajar para una distribución justa de la riqueza, la ayuda a los oprimidos y el cuidado de los marginados? La dimensión mística de la Eucaristía tiene implicaciones políticas directas. ¿Acaso Thomas Becket y Oscar Romero no murieron en el momento silencioso de la consagración?



El silencio eucarístico también nos trae el verdadero significado de la paz como fruto de la no violencia. La paz no es sólo escape cómodo del mercado, así como el silencio no es sólo la ausencia de ruido. El sacrificio de la misa nos recuerda a todos lo que Rene Girard recientemente nos ha ayudado a ver de la relación entre la violencia y lo sagrado. Al parecer, en los primeros días de la Iglesia romana antes de Constantino, muchos sacerdotes paganos pidieron ser bautizados. Los paganos no se veían a sí mismos como ministros religiosos, sino como funcionarios públicos, realizando los sacrificios que se recomendaban en los altares romanos, de acuerdo con los rituales recomendados. Si se equivocaban en decir ciertas palabras, tenían que volver al principio y empezar de nuevo. Lo que importaba era la ofrenda de la sangre del sacrificio y la escrupulosidad de las palabras y los gestos correctos.

Los cristianos, por el contrario, entendieron que el sacrificio perfecto de Cristo celebrado en la Eucaristía era muy diferente de los rituales paganos. La Eucaristía fue el auto-sacrificio en el amor, que terminó con el sacrificio como un medio para obtener el favor de Dios, lo cual era de hecho un medio de control de la violencia en la comunidad, ofreciendo chivos expiatorios. La Cruz es representada en el altar de una comunidad cristiana y señala el final del ciclo humano de violencia. «*Es misericordia y no sacrificios, lo que quiero*», como dijo Oseas 6,6 y fue citado por Jesús (Mateo 9:13). Si celebramos la Eucaristía sin el silencio necesario para respetar y revelar su profundidad mística, será fácil interpretarlo erróneamente desde el punto de vista teológico: verlo como un rito de sacrificio para apaciguar a un Dios enojado. El silencio en la Eucaristía, cuando se entiende espiritualmente y no de forma legalista, expone el poder del sacramento en el fortalecimiento de la justicia y la paz. La paz nunca se puede lograr mediante la violencia. No hay ira o violencia en Dios.

La última enseñanza y bendición del Papa Juan Pablo II, desde su ventana en el Vaticano, fue en silencio. Es significativo el énfasis en su última enseñanza sobre el carácter sagrado de la vida, la inaceptabilidad de la pena de muerte y la inmoralidad de la guerra de Iraq, también hizo hincapié en el significado místico de la Eucaristía. En sus últimos pensamientos y pronunciamientos, se pone de manifiesto el puente entre la contemplación y la no violencia. De hecho, ¿acaso no son los dos pilares de las enseñanzas de Jesús y el mensaje eterno de su Evangelio?

Por lo tanto, las implicaciones de silencio en la Eucaristía nos llevan al corazón de nuestra fe y a la frontera del desarrollo de la evangelización contemporánea. No es sólo lo que sucede a la hora de la misa. Se trata de expresar lo que es real en el centro de nuestro ser, y en el tejido de nuestra vida cotidiana y trabajo. Creo que por eso el Papa Juan Pablo II conecta la *experiencia del silencio litúrgico* de la Iglesia con la renovación contemplativa. En un mundo cada vez más fracturado y roto por el ruido y el estrés, reconoció la necesidad de la Iglesia de recuperar sus tradiciones contemplativas más profundas y la enseñanza de estos caminos de oración contemplativa. *El redescubrimiento del valor del silencio es vital*, dijo. John Main, que murió en 1982,

también vio esto: *el mayor desafío de la gente moderna, dijo, es redescubrir el valor y el sentido del silencio.* John Main en sus escritos sobre la Eucaristía, también entendió que para la gente moderna, es necesario recuperar la dimensión contemplativa de la oración con el fin de ser capaces de experimentar el pleno significado de los sacramentos.

La visión del Papa Juan Pablo II sobre el silencio litúrgico expandió su comprensión de la espiritualidad contemporánea. *La difusión, incluso fuera del culto cristiano, de las prácticas de meditación que dan prioridad al recogimiento no es accidental. ¿Por qué no atreverse a comenzar con una educación específica en el silencio dentro de las coordenadas de la experiencia cristiana? (Spiritus et sponsa).*

En este caso en particular, se refiere a la *formación en el arte de la oración* a la que a menudo invitó. La enseñanza de la oración contemplativa en el nivel parroquial o diocesano es un corolario natural, y tal vez inevitable, del silencio litúrgico. Tenemos que empezar de alguna manera: con el silencio después de la comunión o con grupos de meditación en la parroquia. Siendo la Iglesia un cuerpo vivo con una vida espiritual, sus pastores no tienen que preocuparse demasiado acerca de análisis de sistemas. Ellos sólo deben orar y animar a la gente a orar cada vez más profundamente. En nuestro tiempo, puede ser más atrevido aplicar esto a la educación religiosa y formación espiritual de los niños y jóvenes. Esta «atrevida pedagogía» ya ha comenzado, como en la Diócesis de Townsville en Queensland y en muchas escuelas y familias católicas de todo el mundo, donde los niños están siendo iniciados en la práctica de la meditación cristiana.

Un silencio vivo después de las lecturas, la homilía y la comunión despertarán o, quizá mejor, identificarán el hambre más profunda que está en el corazón de nuestra Iglesia y nuestro mundo. Aprender a orar en el nivel contemplativo nos enseñará a vivir mejor en el Espíritu, porque la forma en que oramos es la forma en que vivimos y la forma en que oramos es la forma en que celebramos la Eucaristía. Por lo tanto, esta hambre de contemplación es nuestra mayor esperanza. *Es de vital importancia para redescubrir el valor del silencio.*

Traducido por Elba Rodríguez, WCCM Colombia



COMUNIDAD MUNDIAL PARA LA MEDITACIÓN CRISTIANA

[www.meditacioncristiana.net](http://www.meditacioncristiana.net)

[www.wccm.org](http://www.wccm.org)

## THE EUCHARIST AND SILENCE

Laurence Freeman OSB  
Lecture at The School of Prayer  
Archdiocese of Melbourne  
20<sup>th</sup> April 2005

According to ancient Catholic wisdom there are three liturgies: the liturgy of heaven, the liturgy of the altar and, between them, the liturgy of the heart. The fullness of liturgy must therefore partake of all three interpenetrating dimensions: the realms on each side of the valley of death and of the mystery of the deepest human interiority.

Speaking about silence in the Eucharist we are talking about the Law of White Spaces. A group of rabbinical students were once arguing about the meaning of a biblical text. They appealed to their teacher who told them to show him the page. “*What do you see here?*” he asked. “*The words we are discussing,*” they replied. “*These black marks on the page,*” the old rabbi said, “*contain half the meaning of the passage. The other half is in the white spaces between the words.*” This is the margin of silence around any page. It is also the necessary pause between breaths, the stillness between thoughts, the rest between bouts of activity.

The recent reminders in papal teaching to restore the experience of silence to the liturgy of the altar point us to respect this universal law. They also help us to recover the *pleroma* of liturgical worship in each of its three distinct but overlapping realms of earth, heaven and the heart. We need to; because for a growing number of people today the Eucharist is a ritual whose significance is and has long been hemorrhaging. There are those who have never felt its inspiration and consolation. For them it is in no way a communal sacramental ritual that gives meaning to life. Its affirmation of the transcendent meaning of ordinary human existence even in its most mundane and mortal passes them by entirely. It is not linked to the meaning of life’s joys, griefs, hopes and disappointments. It is not food for the journey of the daily slog. For many the Mass can seem strange and unwelcoming. In an age of a new evangelization we should remember the power of the liturgy to communicate the Gospel to non-believers. When they come to a business colleague’s funeral or to a friend’s wedding mass the way in which the Eucharist is celebrated may communicate something surprising and permanently valuable to them. It may present a face of Christianity they had never seen before and which leads them to *recognize* something they had previously ignored

Then there are those who once upon a time felt the mystery and mysticism of the Eucharist but lost touch with it. Perhaps as their spirituality matured they went in search of the interiority it expresses – the inward grace of which it is an outward sign – and felt they could not find it in the church. For such people, discovering a contemplative way of prayer can reconnect them to their lost sacramental sensibility and bring them back to church. There are also those who persevere in regular Eucharistic worship, often for the sake of their children, or to keep up some link with the spiritual world, but they feel it depressingly fails to express itself satisfactorily in their Sunday worship. And finally there are those who despite all individual and ecclesial imperfections have the grace of seeing the mysterious and mystical efficacy of the Eucharist wherever and however it is celebrated.

Silence as a dimension of the Eucharist is valuable and necessary to each of these types of person. Before I go further in what may seem the non-existent and abstract subject of silence let me share with you what I recently heard during a retreat I was giving in Sydney. A pastoral assistant from a parish in New South Wales told me that the priest there has actually done what Pope John Paul II asked priests to do and what the *Guidelines* of the new edition of the *General Instructions of the Roman Missal* reinforce. He has restored liturgical silence to the worship of his parish. I was surprised, not at this *per se*, but by the degree. They have silences after the readings, five minutes after the homily and fifteen minutes at communion. I asked how the people responded and was told that nobody has walked out and many are expressing their approval. I don't, however, want to reduce this subject to the number of minutes of silence – and for good reason.

There are many kinds of Eucharistic celebration and the discretion of the celebrant is crucial. A *period of silence may now be observed* has to be interpreted. But I think it is significant that an ordinary Sunday parish congregation can be introduced to this degree of silence and enjoy it. It may be as surprising to some as the fact that children respond well to meditation – times of silent prayer without words or images. They do it and they like to do it and they ask for more. In talking about the Eucharist and silence we are in fact considering the contemplative dimension of faith, as of *lectio*, worship and the whole of life. As Pope John Paul II said in *Mane Nobiscum Domine*, we need to progress from the experience of liturgical silence to the spirituality of silence – to life's contemplative dimension. In other words, as the early church well understood, the way we pray is the way we live. People are searching for this contemplative dimension today as never before and when they come to church, to celebrate Eucharist they expect, and have a right, to find it.

Meister Eckart typically said that 'there is nothing so much like God as silence.' Mother Teresa, who insisted on the centrality of two hours of silent prayer for the life of her apostolic sisters, typically said that 'silence is God speaking to us.' Each of these sayings illustrates a way of understanding the meaning of silence. Why is God so like silence? Eckart doesn't say God likes silence or likes silent worshippers but that God *is* like silence. St Benedict has two words we translate as silence: *quies* and *silentium*. *Quies* is quiet, physical silence, an absence of noise – not banging doors, not scraping chairs, not coughing or unwrapping sweet papers. It is the *quies* we expect good parents to train their children in, a physical self-restraint and modesty that respects the presence of other people. *Quies* makes the world habitable and civil. It is often grossly lacking in urban modern culture where muzac invades elevators and there is rarely a moment or place where we are not in range of manmade noise. There are now expensive headphones that people wear, not to listen to music but to block out noise. *Silentium*, however, is not an absence of noise but a state of mind and an attitude of consciousness turned towards others or to God. It is attention. When someone comes to see a priest or counselor to share a problem or grief, the priest knows that what he must above all give is his attention. There may not be a solution to the problem and most of our hopefully helpful words glide off the back of grief as failed platitudes. To listen deeply, to give oneself in the act of attention is in fact not to judge, or fix or condemn but to love. Seen this way there is indeed nothing so much like God as silence because God is love.

We will look at the sacrificial meaning of the Eucharist later and at how silence reveals it. Here I would like to connect the act of attention with the gift of self. Deconstructionist philosophers have left themselves little space for human value but they do conclude that the supremely human act

that gives value and meaning to life is the gift of self. However they question if it is actually possible. There's usually a condition or a demand when we give ourselves. We want recognition, a reward, gratitude or something in return. This invalidates the purity of the gift of self. The Christian would see the Incarnation as the divine gift of self and the life, death and resurrection of Jesus as this divine gift being manifested in his humanity. A perfect gift of self bestows on the receiver not the burden of debt but the capacity to give himself or herself in turn. This is what the Eucharist teaches and re-enacts and nourishes. In all self-giving - even when it is imperfect - we are struck silent with awe and reverence. How much more do we need silence in the Eucharist to be able to appreciate this perfect sacrifice of love?

Liturgy - like all ways of prayer - is essentially about attention. At the Eucharist we train our attention towards God through the gift of self that Jesus made historically and makes continuously through the Spirit both in our hearts and on the altar. Although our attention may wander, looking at new faces in the congregation or browsing the bulletin, the attention of Jesus directed to us never wavers and does not even condemn or dislike us for our distractedness. Though we are unfaithful, he remains faithful because he cannot betray himself. This, at least to the believer, is the inexpressible mystery of the Eucharist and the ultimately irresistible and sweet attraction of the real presence.

Silence is work, the work of loving attention and its fruit is a heart filled with thanksgiving. This connects Meister Eckart's idea of silence with Mother Teresa's. Silence which is like God as nothing else is also *God speaking to us*. When we pay attention to God we soon realize that God is paying attention to us. Indeed it is God's attention to us that allows us to pay attention to God. It is God who strikes the first spark of good will in us, according to Cassian who debated with Augustine about free will. But then we have to play our part. As St John says, *This is what love really is: not that we have loved God but that he loved us..We love because he loved us first*. When we celebrate the Eucharist we are in fact taking the first step to being caught up in the divine life. As with the Prodigal Son, as soon as God sees us coming home and, a long way before we even get home, God comes rushing up to welcome and embrace us. This extravagant, self-risking love that flows from heaven is experienced in the heart. It should be reflected in the ecclesial hospitality of the altar. In the silence of the Eucharist we taste and enter the silence of the Father from whom the Word eternally springs. In Rubliev's icon of the Trinity the three persons are gathered around the Eucharist.

It is the Spirit who works this extraordinary metamorphosis of the ordinary. In and through the celebrant, representing but not substituting for Christ, the congregation experiences the merging and re-appearance of persons that makes the Eucharist a foretaste of the heavenly liturgy. The celebrant becomes a fluid focal point for the flow of love that the sacrament releases and nurtures. Christ is in the celebrant who represents the people who are his Body and from whom the celebrant has been called to minister. There is a loss of self and a sharing and rediscovery of selfhood in the Eucharist that releases us from the prison of our individual egos. This is its joy and its influential implications for the way we live in society. *I in them and you in me, may they be perfectly one. Or as the ancient homily for Holy Saturday puts it Rise let us go hence; for you in me and I in you, together we are one undivided person.*

This is the mystical dimension of the Eucharist that for many Sunday worshippers is the main spiritual food for their week and daily work. Every effort should therefore be made to ensure that this rare and precious moment is enjoyed to the fullest degree. The way in which the Eucharist is celebrated is all-important in allowing time and creating the space for its inner mystery to be manifested. Ivan Illich said that the Incarnation which *makes possible a surprising and entirely new flowering of love and knowledge* also casts a shadow. It is the shadow of institutionalizing charity and regulating the spirit. We still may have a lot of historical baggage to unload resulting from this shadow and from complicating the mystery of the Eucharist by a coldly legalistic approach that often insisted more upon the obligation to go to Mass rather than the grace and privilege of participating in it. When we think too much of the Eucharist as *obligation* its mystical essence is, practically speaking, obscured. Then it will be unlikely that the silences within the mass will be anything more than token pauses. *Sacramentum Concilium* tells us that *when the liturgy is celebrated more is required than the mere observance of the laws governing validity*. We can't however go the other extreme now and impose compulsory silences. In any case it is the quality not the length of the silence that matters.

Prescribed silences cannot be made compulsory and still be expected to work spiritually. As long as the fundamental approach to the Eucharist is conditioned by legalism or excessive control it will seem that Eucharist and silence are incompatible. Silent moments or extended periods of silence will seem impractical, pretentious and artificial; or an imposition on a congregation who are good enough to come in the first place and who should not be subjected to something unfamiliar which lengthens their hour in church. The silences in the Eucharist must rather spring from the experience of the mystical depth being explored by the whole community. But like the whole Eucharist itself, these silences need to be guided by the celebrant in collaboration with the liturgical leadership of the community. Clearly it is in the seminary that the contemplative dimension of prayer needs to be nurtured if future celebrants are to have this feel for liturgical silence.

Priests are often fearful or suspicious of silence on the altar - like radio interviewers. I heard recently about a recorded radio interview with Archbishop Rowan Williams on the BBC on the Anglican Church's current controversies. At the end the interviewer threw in an unscripted question about Iraq and asked him if it was a morally justifiable war. The Archbishop paused for a full nineteen seconds, an eternity on air, and the interviewer broke the silence by saying he was obviously thinking a long time about the answer. The Archbishop replied unapologetically that if he was asked such an important question he needed time to consider his response and that a matter of such moral sensitivity required more than a sound byte. The interviewer was very surprised and sincerely impressed. He wanted to keep the silence in the broadcast version but the editor cut it. Fear of silence in the Eucharist generally affects the celebrant more than the congregation. Is it that when he opens his eyes after a long silence he may find the church empty? Is it the fear of losing control? Fear of silence is often a fear of absence, of the void we dread, the *growing terror of nothing to think about*. Or is it also perhaps that our theological and liturgical training have not prepared us for the other half, the mystical half of the Eucharist, the apophatic dimension that is in all aspects of spiritual life?

Silence restores and recognizes this missing apophatic, contemplative dimension. The Eucharist can only be fully seen as the *source and summit* of the Church's life if its celebration represents

this paradox of the double mystery of the cataphatic and apophatic – the revealed and the hidden - that is found in all Christian life because of the very fact of the dual nature in the one person of Jesus. *Moses entered the thick darkness where God was. And yet equally God is light and in him there is no darkness at all.* The language of the mystics expresses this paradox as does the canon of the mass itself: luminous darkness of the divine mystery, the silence from which the Word is uttered and leaps down into flesh and incarnation, the stillness at the centre of every action. Silence may be understood as saying what God is not – the apophatic way. But it also powerfully affirms what we say of God when we do speak. Silence refreshes language, restores precision and meaning especially to oft-quoted, familiar texts. Without silence even sacred words can become noise, babble. Silence in the Eucharist does not threaten emptiness or denote absence but exposes presence and invites responsiveness.

The places in the Eucharist where silences are especially useful and enhancing have already been identified. Many celebrants begin with a few moments of silence in the sacristy with the acolytes and lectors before processing in. Whenever the celebrant calls the community to pray, *Let us pray* demands a moment of silence before the words of the Collect are spoken to *collect* the unspoken prayers of the whole people. The penitential rite then invites people to reflect interiorly so that they can prepare to experience the Eucharist as a healing and forgiving celebration in their imperfect lives. The readings especially call for silent pauses, before the responsorial psalm or the gospel acclamation rush us on. Often where silence is observed during the Liturgy of the Word it will also encourage a brief spoken commentary on a difficult or obscure passage that may otherwise escape the cognitive faculties of the congregation and sometimes the celebrant altogether. *Readings must be proclaimed with preparation and devout attention and meditative silence that enable the Word of God to touch people's minds and hearts. (Mane Nobiscum Domine)*

Catholic preachers are generally very self-conscious about the length of homilies, unlike protestant ministers who are often expected to give the people their money's worth in terms of length and passion of delivery. The more modulated style of most Catholic preaching makes an ensuing period of silent reflection even more appropriate. It treats the congregation with the respect of assuming that they have listened intelligently and would like time to think about it even if they are not allowed to respond yet. The *General Instructions* do not advise a time of silence during or at the end of the general intercessions but this, as it happens, is quite widely practiced: *now let us pray for a few moments in the silence of our hearts.* This allows the congregation on whose behalf the intercessions have been offered to add their own prayers silently so the priest can conclude in such words as *Lord, you know our needs even before we ask so we place before you all our prayers, spoken or unspoken.* All forms of prayer, Pope John Paul II wrote, are *built upon the foundation of silence.*

The breaking of the bread, the fraction of the host is a mystical moment of great sacredness and a moment of silence during this is natural. But the most significant and necessary time for silence in the Eucharist is of course after Communion. If the whole Eucharist is the *culmen et fons* of the church surely this moment is its mystical epicenter. Yet it is generally glossed over without a moment of silence except that occurring between songs or the purification of the vessels. This may be the stage where the celebrant is getting nervous about keeping people too long, the children may be getting restless and another congregation may be gathering outside. Now above all we need to remember that silence is not merely the absence of noise but the spirit of loving

attention. I have sat in a prolonged silence after communion at Sunday mass in our monastery parish in suburban London while a chorus of wailing babies, restless toddlers and invisible stagehands were making noise. It did not materially affect the silence. The parents and others appreciated it and many, if not all, of the children became quieter. And when we concluded with the Post-Communion prayer there was a sense of thankfulness and refreshment not relief that we were finished. The celebrant has to hold his nerve at the beginning of such silences and of course to prepare the congregation for them. It is a significant period of silence not a quick pause that is needed. It can be helpful to have a prescribed time and to mark the beginning and the end of it by ringing a gong or chime.

Once the experience of liturgical silence has taken root in a community it will have an effect on the space they worship in as well. Richard Giles, the Anglican Dean of Philadelphia, is a pioneer in the redesign, on traditional principles, of sacred space. His book *Repitching the Tent* is an exciting vision of the physical space of worship. Once he had written this he realized that the forms of celebrating Eucharist are affected by the space they are celebrated in and his latest book *Uncommon Worship* is a necessary companion to his first.

Silence in the Eucharist does not, as some might fear, privatize the liturgy. This often happened in the Tridentine rite. People felt something very mysterious and sacred was happening but it did not personally involve them so they said their prayers while the priest got on with his role. Silence as a liturgical experience, by contrast, draws the community closer together and unifies their attention so that together in mind and heart they can hear the word and share in the mystery. St Ignatius of Antioch said that if we cannot understand the silence of Christ we will not be able to understand his words either. We can only understand his silence by being silent ourselves. In doing so together we experience the mystery of silence building community.

To conclude, I would like to recall a significant phrase of Pope John Paul which I quoted earlier. Having emphasized the importance of silence in the Eucharist he explains that it is not a self-contained artificial silence. *We need to progress from the experience of liturgical silence to the "spirituality of silence" – to life's contemplative dimension.* St Francis once urged his followers to preach the gospel on all occasions and to everyone they met. When absolutely necessary, he added, use words. He meant, I think, not just silence but the silent or implicit witness of one's life.

The link between the Eucharist and the way we live is crucial to any understanding or experience of its meaning and value. If we celebrate the Eucharist only as an ecclesial obligation or as a folksy get together it will have little influence upon better conforming our lives to the Gospel. Unless we have come together at a deep level in its celebration the closing words *Go in peace* will mean we go in pieces, just as we probably arrived. Silence allows the full meaning of the Eucharist at its deepest, post-verbal levels of sacramental efficacy, to unfold in our lives. This means that we will know that having shared the fruits of the earth symbolically together we can better serve the Kingdom of justice in our lives and work. We all took the same amount of bread and wine. There was enough to go round for everybody – if the sacristan did his job properly. Therefore if our lives are to be Eucharistic should we not work for the just distribution of wealth, the relief of the oppressed and care for the marginalized? The mystical depth of the Eucharist has direct political implications. Were not Thomas a Becket and Oscar Romero assassinated at the silent moment of consecration?



Eucharistic silence also brings home the real meaning of peace as the fruit of non-violence. Peace does not mean just a cozy escape from the marketplace just as silence does not mean just the absence of noise. The sacrifice of the mass reminds us of all that Rene Girard has recently been helping us to see in the relation between violence and the sacred. Apparently in the early Roman church, before Constantine, many pagan priests applied for baptism. The pagans did not see themselves as ministers of religion so much as civil servants, performing the prescribed sacrifices on the Roman altars according to the prescribed rituals. If they made a mistake in the words they had to go back to the beginning and start over again. What mattered was the sacrificial blood offering and the scrupulously correct words and gestures.

The Christians by contrast understood that the perfect sacrifice of Christ celebrated in the Eucharist was quite different from the pagan rituals. The Eucharist was the sacrifice of self in love that ended sacrifice as a necessary means of winning God's favour – which actually meant controlling violence in the community through the offering of scapegoats. The Cross is represented on the altar of a Christian community and signals the end of the human cycle of violence. *It is mercy not sacrifice I want*, as Hosea said and Jesus cited. If we celebrate the Eucharist without the silence necessary to respect and reveal its mystical depth it will be easy to misinterpret it theologically: to see it as a sacrificial rite needed to placate an angry God. Silence in the Eucharist, understood spiritually not legalistically, exposes the power of the sacrament as an empowerment of justice and peace. Peace can never be achieved by violence. There is no anger or violence in God.

Pope John Paul's last public teaching and blessing from his Vatican window was silent. It is significant that as his later teaching emphasized the sacredness of life, the unacceptability of the death penalty and the immorality of the Iraq war, he also stressed the mystical meaning of the Eucharist. The bridge between contemplation and non-violence is transparent in his later thought and pronouncements. Are these in fact not the twin pillars of the teaching of Jesus and the eternal message of his Gospel?

So the implications of silence in the Eucharist take us to the heart of our faith and to the cutting edge of contemporary evangelization. It is not just about what happens at Mass times. It is about expressing what is real at the core of our being and in the fabric of our daily life and work. This I think must be why Pope John Paul linked the *experience of liturgical silence* to the contemplative renewal of the church. In a world increasingly fractured and frazzled by noise and stress, he recognized the necessity for the church to draw on its deepest contemplative traditions and to teach from these ways of contemplative prayer. *It is vital to rediscover the value of silence*, he said. John Main, who died in 1982, saw this too: *the greatest challenge to modern people*, he said, *is to rediscover the value and meaning of silence*. John Main in his writings on the Eucharist also saw that for modern people, recovering the contemplative dimension of prayer is necessary for experiencing the full meaning of the sacraments.

Pope John Paul's vision of liturgical silence expanded into his insight into contemporary spirituality. *The spread, also outside Christian worship, of practices of meditation that give priority to recollection is not accidental. Why not start with pedagogical daring a specific education in silence within the coordinates of personal Christian experience?(Spiritus et Sponsa).*

He is referring here to the *training in the art of prayer* which he often urged. The teaching of contemplative prayer at the parish and diocesan level is a natural and perhaps inevitable corollary to liturgical silence. We have to start somewhere – with silence after communion or with meditation groups in the parish. The church being a living Body with a spiritual life, her pastors don't have to be too preoccupied with systems analysis. They simply have to pray and encourage people to pray ever more deeply. It may be more daring in our time to apply this to the religious education and spiritual formation of children and young people. This 'pedagogical daring' has already started, as in the Queensland diocese of Townsville and in many Catholic schools and families around the world where children are being introduced to the practice of Christian meditation.

A living silence after the readings, homily and communion will arouse or, better perhaps, *identify* the deeper hunger that is at the heart of our church and our world. Learning to pray at the contemplative level will teach us to live better *in the spirit*, because the way we pray is the way we live and the way we pray is the way we celebrate the Eucharist. This hunger for contemplation, then, is our greatest hope. *It is vital to rediscover the value of silence.*

Laurence Freeman OSB